



Tema 18: LA INHABITACIÓN DE DIOS EN EL ALMA (II)

"Señor, Tú que te complaces en habitar en los rectos y sencillos de corazón, concédenos con tu gracia vivir de tal manera que merezcamos tenerte siempre con nosotros" (Colecta, VI TO)

El palacio del alma (Santa Teresa. CP. 46-48)

"...Dios está en todas partes. Pues claro está que adonde está el rey, allí, dicen, está la corte; en fin, que adonde está Dios, es el cielo [...] hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor; y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como, a la verdad es así, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras), y que en este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón. [...] En este palacio pequeño de mi alma cabe tan gran Rey, si entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo; algunas me estuviera con Él, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas, ¡qué cosa de tanta admiración!; ¡quien hinchiera mil mundos y más con su grandeza encerrarse en una cosa tan pequeña! A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida.

Y como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da a Sí del todo, hasta que nos damos del todo. Esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces; ni obra en el alma como cuando del todo, sin embarazo, es suya, ni sé cómo ha de obrar: es amigo de todo concierto.

Espiritualidad de la inhabitación

De todo lo dicho se concluye que la vida cristiana es una íntima amistad del hombre con las Personas divinas que habitan en él, y que le conduce a la identificación con el Amado.

Estamos, por tanto, llamados a vivir la oración, la caridad, el trabajo ordinario, la experiencia litúrgica, la vida toda... desde la experiencia gozosa de la presencia de Dios en el alma, que es operante y beneficiosa (es la gracia increada viviendo en mí). Por ella la misma Trinidad santísima se constituye en principio ontológico y dinámico de una vida nueva (divina, sobrenatural, eterna) en nosotros. Es la vida de los hijos de Dios.

Vivir la fe de espaldas a esta maravillosa realidad la empobrece o la desvirtúa (por ejemplo, cayendo en moralismos o en voluntarismos). Y nos privamos de las grandes ayudas que Dios nos quiere dar para ser santos, incluso para vivir más plenamente aquí (¡cuántas veces recurrimos a sucedáneos en sustitución de la intimidad divina!¹).

Algunas consecuencias:

1 Un ejemplo: una mujer cristiana queda viuda. Sus hijos, ya crecidos, no viven con ella. Se siente sola. Toma una empleada, pero apenas le sirve de compañía, pues es muy callada. Adquiere un perro, muy vivaracho, que suaviza su soledad... A esta mujer «cristiana», por lo visto, un perro le hace más compañía que la Trinidad divina.

Otro ejemplo: en una residencia brindan a una anciana muy cristiana la ayuda psicológica de un especialista para que afronte serenamente y sin traumas el final de su vida. La psicóloga le habla en las sesiones animándola a que se sienta serena y realizada, que no piense en nada negativo, que no piense en el momento de la muerte, que se entretenga en buenos recuerdos... Y ella le dice: "pero si Dios está conmigo; si es mi tesoro; si soy muy feliz, si estoy deseando estar con Él..." Y la psicóloga termina pidiendo hablar con ella para que le hable de ese Dios.

2 Cuando personas materialistas y ateas hablan de «la dignidad de la persona humana» es inevitable una actitud de desconfianza. ¿En qué consiste la «dignidad» del hombre si no es imagen de Dios, si sólo es un animal con un cerebro especialmente evolucionado? Es el engaño en que cae la antropología

1. Dios quiere que seamos habitualmente conscientes de su presencia en nosotros.

Si Dios quiere ser el «dulce Huésped del alma» le tiene que desagradar que vivamos ignorando o rechazando su amorosa presencia. Debemos valorar mucho los regalos de Dios (hemos «recibido el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido» 1Cor 2,12). Y el don de la misma Trinidad divina dándonos para hacernos templos suyos es uno de los mayores.

2. La inhabitación afianza de manera insuperable la conciencia de nuestra dignidad².

El Espíritu Santo actúa quizá en el pecador, pero «todavía no inhabita» en él (Trento), pues éste no vive en su amistad. Pero el hombre que ama a Dios y guarda sus mandatos, permanece en Dios y es como un cirio encendido en la llama del Espíritu Santo (Cf Flp 2,15-16). Por eso entre el pecador y el justo hay un salto ontológico cualitativo, hay una distancia mucho mayor que la existente entre el justo y el bienaventurado del cielo. Entre éstos hay esencial continuidad, pues el justo, ya en este mundo, por la gracia «tiene la vida eterna» (Jn 6,54)³.

Por eso San Juan de la Cruz, como santa Teresa, habla de la gran riqueza y belleza del alma: "¡Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarte y unirme con él! Ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora y el escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti, ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti, o, por mejor decir, tú no puedes estar sin él." "Catá—dice el Esposo—que el reino de Dios está dentro de vosotros" (Lc 17,21). Y su siervo el Apóstol San Pablo: "Vosotros—dice—sois templos de Dios" (2 Cor 6,16) [...].

¿Qué más quieres, ¡oh, alma!, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora y no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás y no le hallarás ni gozarás más cierto, ni más presto, ni más cerca que dentro de ti".

3. La inhabitación es la mejor ayuda para rechazar el pecado y fomentar las virtudes.

El horror al pecado surge en la medida en que se cree en la inhabitación. Por eso San Pablo cuando quería apartar a los corintios del vicio de la fornicación, que abundaba en ellos (1Cor 5,1), les recordaba ante todo que eran templos de Dios: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros» (3,16-17). Y santa Teresa: "...Si el palacio (del alma) henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de haber el Señor con su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo" (C. de perfección, 46-48).

materialista. De hecho los derechos de los animales están hoy más garantizados que los humanos.

Sin referencia alguna a valores trascendentes, ¿por qué los locos o los deformes o los enfermos irreversibles, o simplemente los miserables ignorantes, hombres pobres, lastres sociales, merecen algún respeto? Sin la fundamentación religiosa de la dignidad del hombre ¿qué objeción sería puede ponerse al aborto, a la eutanasia, o a los más variados experimentos eugenésicos para «mejorar la especie», purificando a la humanidad de las «razas inferiores»? O viniendo a casos concretos, ¿por qué, por ejemplo, no acelerar una herencia urgente por la discreta eliminación de un viejo enfermo e inútil que no acaba de morir?...

No hay manera de fundamentar la dignidad del hombre de modo absoluto e inviolable si se suprime su relación a Dios, que es su origen, su fin y su fundamento.

3 León XIII dice claramente que la inhabitación es tan admirable que «sólo en la condición o estado, pero no en la esencia, se diferencia de la que constituye la bienaventuranza en el cielo» (enc. *Divinum illud munus*).

Y San Juan Crisóstomo dice, animando a cuidar la morada de Dios en el alma: Cuando quieras reconstruir en ti aquella morada que Dios se edificó en el primer hombre, adórnate con la modestia y la humildad, hazte resplandeciente con la luz de la justicia; adorna tu ser con buenas obras, como con oro acrisolado, y embellécete con la fe y la grandeza de alma, a manera de muros y piedras; y por encima de todo, como quien pone la cúspide para coronar un edificio, por la oración a fin de preparar a Dios una casa perfecta, y poderle recibir como si fuera una mansión regia y espléndida, ya que, por su gracia, es como si poseyeras su misma imagen colocada en el templo del alma.

4. **La conciencia del misterio de la inhabitación acrecienta en el cristiano la intimidad divina y la interioridad personal.**

"Esta presencia nos abre a una intimidad inefable que, si permanezco fiel, va produciendo en mí una progresiva transformación en Jesucristo⁴. La razón es porque el amor une, tiende a la identificación, a hacerte igual a la persona querida.

El mundo necesita mucho esta vida de intimidad amorosa con Cristo Jesús. Cada vez son más las personas sedientas de Dios, ávidas de felicidad, ávidas de unión con Dios. Con frecuencia no lo saben ni ellas mismas. Esto se debe a que como el mundo está mucho más hundido en la materia, **el Espíritu Santo hace florecer con mayor abundancia multitud de esas almas sedientas, que quieren vivir amorosamente la vida de Jesús, que quieren hacer cielo de la tierra, transformándose en Él hasta llegar a la identificación. Son almas que están dulcemente atormentadas por la necesidad de amar, por una parte, y por otra, por la dolorosa conciencia que tienen de que jamás aman a Dios todo lo que ellas querrían, y como Dios se merece... Estas almas son las que están esperando una ayuda, un impulso, una gracia que les facilite lo que en realidad desean**" (P. Morales).

La inhabitación nos libra de un exteriorismo consumista, trivial y alienante. Nos hace experimentar la verdad de aquella palabra de Cristo: «el reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17,21). Nos hace obedientes a la exhortación de San Juan de la Cruz: «Atención a lo interior» (Letrilla 2). No quiere este santo que el hombre se vacíe de sí mismo, proyectándose siempre hacia fuera. Eso es justamente lo que nos aliena de Dios.

«Está, pues, Dios en el alma escondido, y allí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo: "¿Adónde te escondiste?"

Todavía dices: "Y si está en mí el que ama mi alma ¿cómo no le hallo ni le siento?" **La causa es porque está escondido y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, ha de entrar tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está, y cuando la halla, él también está escondido como ella. Tu Esposo amado es "el tesoro escondido en el campo" de tu alma**

¡Ea, pues, alma hermosa!, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afición de amor» (San Juan de la Cruz. Cántico Espiritual, I, 6-10).

Para el místico Doctor la «disipación» crónica de los cristianos es algo muy lamentable: «Oh, almas creadas para estas grandezas y para ellas llamadas ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces

⁴ El P. Pablo Jaegher, SJ, en su libro "La identificación con Jesucristo", nos dice que los fines de la vida de fe son la Intimidad e identificación: "En la subida del alma fervorosa hacia las cimas de la perfección, se pueden distinguir, de ordinario, dos a manera de etapas, con frecuencia bastante indefinidas, otras veces claramente delimitadas y que podríamos condensar en estas dos palabras: **intimidad con Jesús, identificación con Él.**

Al comienzo de la vida espiritual, el alma experimenta los hechizos del Divino Maestro y el encanto de sus divinas finezas y encuentra sus delicias en la intimidad siempre creciente con su Amado. Frecuentemente, a fin de perfeccionar más y más esta intimidad, Dios concede al alma ese sentimiento especial e infuso de su divina presencia, que sólo Él puede dar. Gracia mística y preciosa, de la que muchas almas son partícipes, a la par feliz e inconscientemente. **El alma siéntese entonces ser el tabernáculo vivo, donde el Maestro interior reside** y la invita a coloquios familiares y deliciosos.

Esta intimidad se trueca muy pronto en una amistad tan estrecha, que luego entra en los confines de la unión e identificación con Jesús. **El alma se despoja**

sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorias, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!» (C 39,7).

5. **La oración continua equivale a vivir siempre en la presencia de Dios.** Es, pues, una permanente conciencia de la inhabitación trinitaria. Con razón suele llamarse a esta oración de todas las horas «guardar la presencia de Dios». Así es como se hace posible que todas y cada una de las acciones de la vida diaria se transformen **«una ofrenda permanente»**, hecha a Dios continuamente en el altar del propio corazón.

6. **También la humildad nace de esa conciencia de la inhabitación.** Ella nos hace entender que son las Personas divinas las que en nosotros tienen la iniciativa y la fuerza para todo lo bueno que hagamos. Un cristiano **sólo podrá envejecer por algo si olvida la presencia activa de Dios en él.** Entonces será tan necio como un cuerpo que pensara hacer las obras del hombre sin el alma, y que sólo a sí mismo se atribuyera el mérito de tales obras.

San Ireneo dice: «El hombre perfecto está compuesto de tres elementos: cuerpo, alma y Espíritu Santo. El único que salva e informa es el Espíritu Santo».

Eucaristía e inhabitación

Jesucristo en la eucaristía causa en los fieles la inhabitación de la Trinidad. «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. **El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.** Así como vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí» (Jn 6,51-57). La eucaristía, pues, es para la inhabitación. La presencia real de Cristo en la eucaristía tiene como fin asegurar la presencia real de Cristo en los justos por la inhabitación.

Incluso puede afirmarse que, bajo ciertos aspectos, *la presencia del Señor en los cristianos es aún más excelente que su presencia en la eucaristía.* Y esto por varias razones.

1ª. **La eucaristía está finalizada en la inhabitación.** El Señor se hace presente en el pan para hacerse presente en los fieles. Por otra parte, la inhabitación hace al cristiano idóneo para la comunión eucarística. Sin aquélla, no es lícito acercarse a ésta.

2ª. En la eucaristía el pan se convierte en el cuerpo de Cristo: tras la consagración, ya no hay pan, sólo queda su apariencia sensible. Pero en la inhabitación el prodigio de amor es aún más grande: el Señor se une al hombre profundísimamente, dejando sin embargo que éste conserve su propio ser natural, sus facultades y potencias humanas. **La inhabitación no hace que el cristiano deje de existir, pero la eucaristía hace que deje de existir el pan.**

3ª. La eucaristía cesará cuando «pase la apariencia de este mundo» y llegue a «ser Dios todo en todas las cosas» (1 Cor 7,31; 15,28); pero la **presencia de Dios en el justo, la inhabitación, no cesará nunca**, por el contrario consumará su perfección en la vida eterna.

4ª. Corrompidas las especies eucarísticas, por accidente o por el tiempo, cesa la presencia del Señor; en cambio, muerto el cristiano, corrompido su cuerpo en el sepulcro, no cesa en él la amorosa presencia del Cristo glorioso y bendito. **Sólo el pecado puede destruir la Presencia trinitaria de la inhabitación.** Ni siquiera la muerte «podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,35-39).

gradualmente de sus sentimientos personales, para revestirse de los sentimientos de Cristo, para dejarle vivir y obrar libremente en ella. Esta vida, vivida a nombre y cuenta de Jesús, es la identificación con Él. **El alma deja poco a poco de ser ella, para trocarse en Jesús y transformarse dulcemente en Él.**

Si el alma es generosa, una nueva gracia mística viene, de ordinario, a completar señaladamente esta identificación. Al sentimiento de su divina presencia, Dios añade el sentimiento pasivo e infuso de su acción divina y transformante. **El alma siente, no solamente que Cristo está presente, sino que vive y trabaja en ella.** Se da cuenta, de un modo experimental, de que el amor infuso que la invade embebe y con frecuencia transporta todo su ser, no es otro que el amor con que el mismo Jesús ama a su Padre en ella y por ella. Siente, en ciertos momentos, que toda su vida está fusionada con la vida de Cristo en ella.

Y esta identificación, cada día más maravillosa, la conduce finalmente a la unión perfecta de la santidad, a la unión llamada transformadora en la que el alma puede exclamar con el Apóstol: «Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo es el que vive en mí» (Gal. 2, 20)".



18. MODELOS Y TESTIGOS: Enrique Boix Lliso

El martirio del joven sacerdote valenciano Enrique Boix Lliso es uno de los más impresionantes de la historia. El ensañamiento de los verdugos, que llegaron a la burla de un ignominioso espectáculo infernal, es difícil de entender humanamente. Al recordar lo que sucedió aquel 24 de enero de 1937 en el pueblo del que era natural el mártir, sobrecoge comprobar hasta qué cotas de mal puede llegar el corazón humano cuando se apodera de él la fuerza diabólica.

En esta historia, una vez más y de manera agónica con toda crudeza, se libró el terrible duelo entre el bien y el mal, entre el amor y el odio. Fue una cruel batalla, **pero volvió a ganar el bien, volvió a triunfar el amor, porque sólo el amor es eterno.**

Los mártires nos hacen mucho bien porque nos dan siempre esta certeza: **el amor tiene la última palabra, el amor siempre vence, porque el amor es eterno.**

Por eso, si recordamos las admirables hazañas de los mártires, no es para condenar a los asesinos, o para horrorizarnos del mal, sino para **llenarnos de confianza: Dios es amor, y junto a Él no tenemos nada que temer. La esperanza del cielo embarga el alma.**

Los primeros años

D. Enrique nació en Llombai el 20 de julio de 1902. Fue el pequeño de cuatro hermanos: Carmen, Consuelo y Antonio. Sus bondadosos padres, Antonio y Vicenta, les transmitieron la fe, conscientes de que no podían legarle mayor tesoro. La madre era una fervorosa cristiana, sencilla y de buen corazón, y el padre un humilde y sacrificado agricultor, acostumbrado a fríos y calores que templaban su alma en el trabajo duro y responsable del campo. Todos los días se reunía la familia, al atardecer, convocada por la madre, para rezar el santo rosario delante de un cuadro de la Virgen.

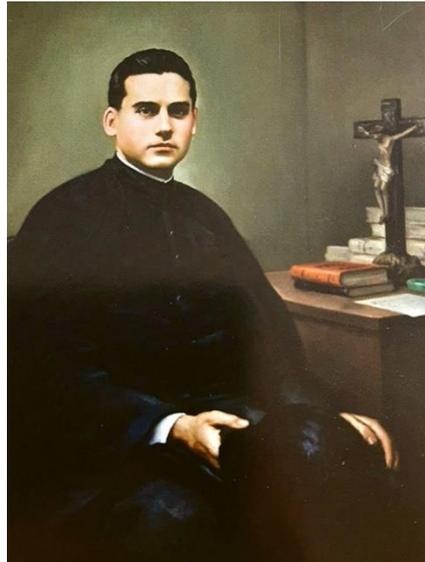
En un ambiente así no extraña que surgiera, de manera espontánea y temprana, la vocación sacerdotal del benjamín de la casa. El niño frecuentaba la Parroquia, y rezaba muy fervoroso a Jesús en el altar de San Francisco de Borja. A nadie extrañó su vocación. Todos sabían que el pequeño Enrique tenía algo especial. El buen párroco, D. Juan Bautista Marrahí Bellver, le acompañó en los balbuceos de su vocación, y sería después, ya sacerdote, su maestro, su confidente y su modelo cercano.

Los primeros pasos de su formación sacerdotal los da en el colegio de vocaciones de San José, en Valencia, fundado por el beato Manuel Domingo y Sol, apóstol de las vocaciones sacerdotales. Enrique aprende a meditar delante del Sagrario y va adquiriendo hábitos de estudio y de orden personal. Pasados unos años, y ya con esta preparación previa, ingresa en el Seminario Conciliar donde recibe una sólida formación filosófica y teológica. Las disciplinas académicas y el cultivo de sólidas virtudes cristianas caían en un corazón ilusionado, muy abierto a la acción de la gracia. Enrique soñaba con ser un día un santo sacerdote para servir a las almas y a la Iglesia.

Sacerdote de Jesucristo

El 25 de junio de 1925 fue el gran día, tan acariciado y deseado, de su Ordenación sacerdotal. Le impone las manos D. Prudencio Melo y Alcalde, arzobispo de Valencia. La felicidad embarga su alma. Es el día feliz en el que el Señor le configura con Él sacerdotalmente, le hace *Alther Christus*.

Celebró la primera Misa en su pueblo natal, Llombai, el 15 de julio. La Parroquia, dedicada a la Santa Cruz, apareció ese día radiante. El pueblo entero, emocionado, se vuelca en la celebración. La alegría, en ese día grande, es inmensa. Todos dan gracias a Dios por el don del sacerdocio en un hijo del pueblo. "Canta" la misa en el altar del bellissimo retablo barroco dedicado a la exaltación de la Santa Cruz. Es una joya. En él destacan las figuras de Santa Elena con el emperador Constantino, y los santos del lugar, Francisco de Borja y Luis de Bertrán. Lamentablemente sería arrasado y destruido por las llamas provocadas por las turbas revolucionarias en la guerra.



Cura de los jóvenes

Radiante y lleno de fervor, D. Enrique se entregó de lleno, con entera disponibilidad y obediencia, a lo que el Obispo le encargara. Apenas un año estuvo como vicario de Jijona, que fue su primer nombramiento. En 1926 es nombrado vicario de Simat de Valldigna, del arciprestazgo de Alc. Y en 1928 se le encomienda el cargo de ecónomo de Jeresa.

Por donde pasaba, su caridad pastoral y su entusiasmo juvenil, iba dejando el buen olor de Cristo. Llamaba la atención la su preocupación por catequizar y ayudar especialmente a los jóvenes.

En 1932 es trasladado a Alzira, que será ya su destino definitivo. El obispo le nombra vicario de la parroquia de san Juan Bautista, y también capellán de las Hermanitas de Ancianos Desamparados, y, más tarde, capellán de las Madres Franciscanas. Todo en Alzira.

Tiene facilidad de palabra y mucho celo. Su palabra toca los corazones, acerca a Dios y mueve a la conversión.

También aquí los jóvenes aparecen como su gran preocupación pastoral. Fue director de la Juventud Obrera, consiliario de la Acción Católica e impulsor de muchas otras iniciativas apostólicas juveniles. Consiguió levantar un campo de deportes, organizó campeonatos de fútbol interparroquiales, implicaba a los mismos jóvenes en la venta de prensa católica y en otras iniciativas apostólicas para que se sintieran protagonistas en la acción pastoral, a la vez que les evangelizaba a ellos. Los conocía bien y sabía conducir a cada uno hacia un mayor compromiso con el Señor. Por eso se le recuerda todavía hoy como el cura de los jóvenes. Le querían mucho.

Aires revolucionarios

Pero este admirable celo sacerdotal empezó a llamar la atención en Alzira. Empezó también, en plena República, a incomodar a los que se mostraban enemigos de la Iglesia, pues veían al cura demasiado influyente en la ciudad. Empezaron a mirarle con sospecha, como peligroso. Mucho le advertían que "irían a por él". En este ambiente, y bajo esta presión, **él animaba a todos a ser fuertes frente a las dificultades, confiando mucho en Dios.**

Ciertamente las oscuras nubes de la revolución parecían cada vez más negras. La guerra en España estaba siendo desoladora. Varias hermanitas de los Desamparados del pueblo habían sido ya martirizadas. A D. Enrique le aconsejan prudentemente que deje Alcira y se vaya con su familia o a algún otro pueblo donde corra menos peligro. Decide ir con unos parientes a Algemesí, localidad más cercana a Alcira y menos peligrosa que Llombai, donde se ha instalado un terrorífico Comité revolucionario. En Algemesí pasa varios meses, pero el 23 de enero de 1937 es detenido y llevado, sin explicación alguna, a la cárcel de Llombai, su pueblo natal. Allí le esperaba un glorioso e infame martirio.

Espectáculo martirial

Lo que iba a suceder en Llombai cuesta creerlo, y sonroja tenerlo que narrar. El Comité del pueblo, que representaba una aterradora mezcla de salvajismo y de incultura, ya había realizado un irreparable destrozo artístico. En una hoguera sacrílega, la chusma alocada, compuesta también por jóvenes del lugar pagados y ganados para causa tan infame, fueron arrojados a las llamas retablos, cuadros, ornamentos, imágenes... de un valor artístico incalculable, pues el templo parroquial, antiguo convento de los Dominicos con su claustro, era una verdadera joya cultural y artística.

La capilla del Santísimo fue convertida en almacén y el bello claustro, en vaquería. A este claustro, que iba a ser el escenario de una de las mayores infamias cometidas por los hombres, llevaron a D. Enrique. Él, que siempre fue de carácter tímido y educado, irradia ahora el misterioso atractivo de su serena nobleza. **Su rostro sereno y agraciado, ha cobrado en esta difícil hora, una luminosidad especial. La fuerza de Dios lo envuelve y lo enciende.** Viste camisa blanca y pantalón oscuro.

Cuentan los testigos, con minuciosos detalles imposible de olvidar, que varias mujeres del Comité, verdaderas arpías, lo ataron a un limonero del mismo claustro, lo desnudaron, y una de ellas desnudándose también, le humillaba provocándole con gestos y palabras obscenas. La acción es incalificable y vergonzante. El sacerdote, hundido y destrozado, sólo contestaba en su lengua natal: *«Esteu locos, hau perdut el coneiximent, hau perdut el trellat, ¿qué vos pasa?»* (Estáis locos, habéis perdido el conocimiento, habéis perdido el sentido, ¿qué os pasa?).

Pasada esta infamia, allí le dejaron, cosido al árbol y roto por un dolor moral mucho mayor que el físico.

Al día siguiente (24 de enero) volvieron como fieras salvajes en busca de su presa. Le encontraron casi muerto de frío después de la terrible noche invernal a la intemperie. Lo que ocurrió entonces escapa a toda imaginación. Más de treinta miembros del Comité, hombres y mujeres, y algunos jóvenes querían disfrutar de lo que habían planeado los cabecillas del Comité, han programado una corrida de toros. El espectáculo iba a resultar verdaderamente espantoso y horrendo.

Empezó la función soltando del árbol al sufrido sacerdote y, entre empujones y blasfemias, le obligaban a correr mientras le toreaban clavándole por todo el cuerpo, cual banderillas, grandes agujas de coser sacos y de tejer jerséis de lana.

El mártir se desangraba por tantas heridas. La escena no podía resultar más humillante. Los testigos recuerdan que el buen cura, como refugiándose en la Santísima Virgen del Rosario, la invocaba, suplicando su ayuda y su amparo maternal; y rezaba: *«Senyor donam forces i perdona a estos que no saben lo que fan»* (Señor, dame fuerzas y perdona a estos que no saben lo que hacen). Su rostro, desfigurado por el dolor y el horror, parecía ahora transfigurado, pues su bondadosa mirada, **la propia de un corazón incapaz de odiar**, reflejaba una misteriosa serenidad.

El contraste con el odio inaudito que movía a los protagonistas de tal salvajada era clamoroso. Un odio que salpicaba también, y de manera infame, a los que con dolorosa actitud, contemplaban burlescamente el triste y vergonzante espectáculo, que en realidad les debería hacer estremecer. Aquellas carcajadas impías serían pronto motivo del agrio tormento en las conciencias.

El festejo duró bastante tiempo hasta que, por fin, llegó la hora de matar... Uno sacó un gran cuchillo de los que se usaban para desangrar a los cerdos, y se lo clavó varias veces a manera de estoque, terminando así con su vida. **El siervo de Dios moría sufriendo, rezando y perdonando.**

Pocos días antes, el buen sacerdote, viendo los horrores le había dicho a su hermano: *«Antonio, hay que ofrecerlo todo por Cristo, o lo que es igual, morir en la Cruz por Cristo, como Cristo».*

Y en efecto, D. Enrique moría como Cristo y por Él. Y con una muerte absurda humanamente hablando, fruto de la estupidez y de la locura a la que nos conduce el pecado. ¿Cómo es posible tanto odio hacia un joven sacerdote que dedicó su vida a hacer el bien a todos?

Sólo mirando a Cristo crucificado, que muriendo nos da vida eterna, podemos comprender algo del misterioso camino por el que el Señor conduce a sus elegidos, a los hijos más queridos a los que vincula tan de cerca a la sabiduría de la Cruz. Porque **sólo la cruz salva y desde ella el Señor reina.**

El carbón enriquecido

El martirio de D. Enrique no terminó con su muerte. Precipitadamente le enterraron, ya con muy mala conciencia, en el mismo claustro, convertido en cuadra de animales. Las vacas, al sentir en los días siguientes el olor del cadáver no paraban de moverse y de mugir. Estaban inquietas, alteradas. Aquellos desalmados se sintieron obligados a exhumarlo y a volverlo a enterrar. Les obsesionaba ahora la idea de hacerlo desaparecer. Lo llevaron a otra zona del claustro, a una carbonera, donde había una gran pila de leña y carbón. Allí lo depositaron ente el carbón, medio quemado. Era carbón que los mismos del Comité vendían en la plaza Mayor del pueblo.

Pronto se empezó a correr de boca en boca por el pueblo el *«secret de aquell carbó»*. Se decía que **aquel carbón ardía mejor porque estaba enriquecido con la sangre del mártir.** Carmen Boix su, hermana, declararía en 1942 delante del fiscal de Carlet que su madre, D^a Vicenta Lliso Peris, también compraba de ese carbón. Y añadió que cuando D^a Vicenta se enteró del "secreto del carbón", enloqueció gravemente y perdió la razón.

La pesadilla del pueblo iba a ser terrible. Por eso los asesinos quisieron disimular los hechos de la mejor manera, por ejemplo haciendo la partida de defunción en Alzira, en vez de en Llombai, lugar del crimen. Pero el grito de los hechos era demasiado fuerte como para poderlo ocultar o disimular. Clamaba al cielo. Y además, tanto los protagonistas como los testigos del crimen (todos culpables por acción u omisión) fueron muchos.

Pacto de silencio

El demonio entró a mar abierto en esa gente. Tanto odio y tanta crueldad sólo podían proceder de él. Cuando el pueblo se enteró de lo sucedido, no daba crédito. Tanta crueldad con un sacerdote hijo del pueblo, no podía ser cierta. Todo era inexplicable.

Un velo de vergüenza y de horror empezó a caer sobre Llombai. ¿Qué hacer? ¿Cómo explicar o justificar lo sucedido? No todo el pueblo había sido criminal (de hecho la mayor parte no se enteró), pero la colaboración pasiva y ufana de no pocos llombaines era innegable. De alguna manera Llombai entero se sentía responsable de tal horror.

¿Cómo borrar, o al menos olvidar, lo sucedido? La experiencia cainita se repetía. *«Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano? Y Él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra (Gn 4, 9-10)».* **La culpa mordía las conciencias. No había paz.**

Sin ponerse de acuerdo, sin plantearlo directamente, un pacto de silencio cayó como un velo oscuro sobre las conciencias. Lo mejor era silenciar, callar lo sucedido, nadie debería enterarse... No sólo para evitar las consecuencias de la justicia, sino, sobre todo, para olvidar los hechos y acallar el martilleo de las conciencias. Pero **así no se curan las heridas, ni se cambia la verdad.**

El pacto de silencio logró sólo en parte su objetivo: ocultar, silenciar, olvidar lo ocurrido. De hecho esa fue la razón por la que estos hechos no aparecen en la Causa General. Pero el remordimiento y la vergüenza llevó a varios testigos a dejar constancia de lo sucedido, algunos por escrito, con la intención de que se hiciera público cuando él muriera.

Más de 80 años ha durado el silencio. Los asesinos y culpables han muerto ya todos, por lo que es hora de que se manifieste toda la verdad gracias a los estremecedores testimonios, orales y escritos de testigos (culpables arrepentidos) del martirio.

Con la verdad tenemos la certeza de que el amor tiene la última palabra y de que es inmensamente más poderoso el amor que el odio, porque el amor es eterno. Tal es el grandioso mensaje de la vida de los mártires.



18. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

Recuerda:

El amor más grande: «LA SANTIDAD»

«Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 19,2). Todos sabemos que existe un Dios que nos ama, que nos ha creado. Podemos acudir a Él y pedirle: «Padre mío, ayúdame. Deseo ser santa, deseo ser buena, deseo amar». La santidad no es un lujo para unos pocos, ni está restringida sólo a algunas personas.

Está hecha para ti, para mí y para todos. Es un sencillo deber, porque si aprendemos a amar, aprendemos a ser santos.

El primer paso para ser santo, es desearlo. Jesús quiere que seamos tan santos como su Padre. **La santidad consiste en hacer la voluntad de Dios con alegría.**

Las palabras «deseo ser santo» significan: quiero despojarme de todo lo que no sea Dios; quiero despojarme y vaciar mi corazón de cosas materiales. Quiero renunciar a mi voluntad, a mis inclinaciones, a mis caprichos, a mi inconstancia y ser un esclavo generoso de la voluntad de Dios. Con una total voluntad amaré a Dios, optaré por Él, correré hacia Él, llegaré a Él y lo poseeré. Pero todo depende de las palabras, «Quiero» o «No quiero». He puesto toda mi energía en la palabra «Quiero». (Santa Teresa de Calcuta)



decisiones y llevarnos a malas acciones de las cuales luego nos estamos arrepintiendo. Cuando hay ceguera de corazón elegimos mal.

Pidamos: ¡Señor, devuélvenos la vista! ¡No permitas que la ceguera venza en mi alma!

➤ **Cada árbol se conoce por sus frutos**

Nuestras acciones son el resultado de nuestras decisiones. Son los frutos de nuestra vida. Como seres libres decidimos lo que queremos hacer y lo hacemos o no lo hacemos. **¡Qué hermoso sería si se nos conociera por nuestros frutos de bondad, de amor, de pureza y sencillez,** expresados en nuestras acciones cotidianas! En la familia, en el trabajo, en la convivencia diaria... ¡Cuántas oportunidades de ejercitarnos en la bondad! Incluso cuando algo nos contradiga o sea inconveniente, actuemos con bondad, corrijamos con caridad y con dulzura...

➤ **De la abundancia del corazón habla la boca**

¿Cuáles son nuestros pensamientos y sentimientos en general? ¿Pensamos buscando el bien de los demás y el bien personal que viene de Dios? ¿Tenemos sentimientos positivos hacia los demás y hacia uno mismo así como Dios quiere? ¿Qué podemos cambiar y qué podemos potenciar? El ejercicio cotidiano está en **los detalles ordinarios que se nos presentan a cada momento.** ¡No los desaprovechemos!

MEDITACIONES

SOBRE EL CIEGO QUE GUÍA A OTRO CIEGO

Jesús les puso también esta comparación: "¿Puede un ciego guiar a otro ciego? Ciertamente caerán ambos en algún hoyo".

Nuestro único guía es Cristo: Él es el camino verdadero. Sus mandatos son luz y guía para el alma. **Siguiéndole a Él nunca nos perderemos.**

"Estando en esta vida como en una noche profunda tenemos necesidad efectivamente de un guía infalible y preciso. Ahora bien, el mejor guía no es ciertamente el ciego que según la Escritura llevando a otro ciego guía hacia el precipicio; lo es, en cambio, el Logos (Cristo) **cuya mirada penetra hasta el fondo de los corazones.** Y como no puede existir luz que no ilumine ni objeto en movimiento que no se mueva, ni haber un amante que no ame, de la misma manera no puede darse un bien que no sea un beneficio y que no conduzca a la salvación. Amemos, pues, los preceptos del Señor traduciéndolos en acciones" (San Clemente de Alejandría).

LA MOTA EN EL OJO AJENO

- **«¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo?»**

Dice San Agustín:

"¿Cómo dices a tu hermano: *Deja que te saque la mota del ojo, si tienes una viga en el tuyo?* Hipócrita, *saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver para sacar la mota del ojo de tu hermano*". Es decir: **Sacúdete de encima el odio. Entonces podrás corregir a aquel que amas.** El evangelio dice con razón "hipócrita". Reprender los vicios es propio de los hombres justos y buenos. Cuando lo hacen los malvados usurpan el papel de los buenos. Hacen pensar en los comediantes que esconden su identidad detrás de una máscara...



Lectura del santo Evangelio según san Lucas 6, 39-45

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola:

«¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? No está el discípulo sobre su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: "Hermano, déjame que te saque la mota del ojo", sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano.

Pues no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno; por ello, cada árbol se conoce por su fruto; porque no se recogen higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos.

El hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque de lo que rebosa el corazón habla la boca».

Nuestro Señor nos invita a amar con perfección, a purificar el corazón, y con él, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones. Ejercitarnos en la bondad. Vencer el mal con el bien. Llenar nuestro corazón y nuestros pensamientos con bondad para ir por la vida viviendo esa bondad. Todo un programa para la Cuaresma que se acerca.

➤ **Un ciego no puede guiar a otro ciego**

La ceguera del corazón es producida por el pecado y por la dureza de nuestros juicios hacia los demás. Con Cristo, la ceguera se puede superar. Él puede hacer el milagro de volver la vista al ciego. **Cristo puede hacer el milagro de acabar con la ceguera de nuestro corazón** ocasionado por el rencor, la ira, el egoísmo, las envidias, así como de nuestros pensamientos malos que nos hacen tomar malas

Cuando estamos obligados a corregir o a reprender, prestemos atención escrupulosa a la siguiente pregunta: ¿No hemos caído nunca en esta falta? ¿Nos hemos curado de ella? Aún si nunca la hubiésemos cometido, acordémonos de que somos humanos y que hubiéramos podido caer en ella. Si, por el contrario, la hemos cometido en el pasado, acordémonos de nuestra fragilidad para que **la benevolencia nos guíe en la corrección o la reprensión y no el odio.**

Independientemente de que el culpable se enmiende o no, -el resultado siempre es incierto, - por lo menos podremos estar seguros de que nuestra mirada sobre él se ha mantenido pura. Pero, **si en nuestra introspección descubrimos el mismo defecto que pretendemos reprender en el otro, en lugar de corregirlo, lloremos con el culpable.** No le pidamos que nos obedezca, sino invitémosle a que nos acompañe en nuestro esfuerzo de corregirnos.

El Señor en este pasaje nos pone en estado de alerta contra el juicio temerario e injusto. **Él quiere que actuemos con un corazón sencillo y que sólo a Dios dirijamos nuestra mirada.** Puesto que el verdadero móvil de muchas acciones se nos escapa, sería temerario hacer juicios sobre ellas. Los que más prontamente y de manera temeraria juzgan y censuran a los demás son los que prefieren condenar antes que corregir y conducir al bien, y esto denota orgullo y mezquindad... Un hombre, por ejemplo, peca por cólera, tú le reprendes con odio. La misma distancia hay entre la cólera y el odio que entre la mota y la viga. El odio es una cólera inveterada que, con el tiempo, ha tomado esta gran dimensión y que, justamente, merece el nombre de viga.

Puede ocurrirte que te encolerices, deseando corregir, pero el odio no corrige jamás... Primeramente echa lejos de ti el odio: después podrás corregir al que amas"

▪ **«¿Cómo puedes decir a tu hermano: déjame quitarte la paja que tienes en el ojo, cuando tú no ves la viga que hay en el tuyo?»**

Comenta San Francisco de Sales:

Somos hombres porque tenemos razón y sin embargo es cosa rara encontrar hombres verdaderamente razonables, pues el amor propio nos perturba de ordinario la razón y nos conduce insensiblemente a mil clases de pequeñas pero peligrosas injusticias e iniquidades... ¿Es que no son esas cosas iniquidades y sinrazones?

Acusamos por cualquier cosa a nuestro prójimo y siempre nos excusamos a nosotros mismos; queremos vender caro y comprar barato; queremos que se haga justicia en la casa del otro pero que en nuestra casa haya misericordia y tolerancia.

Queremos que nuestras palabras se tomen a buena parte y nosotros somos quisquillosos y muy sensibles a las de los demás... Nosotros defendemos nuestro rango puntillosamente y queremos que los demás sean humildes y condescendientes.

Fácilmente nos quejamos del prójimo pero no queremos que él se queje de nosotros. Lo que hacemos por otro siempre nos parece mucho y lo que el otro nos hace lo tenemos en nada.

En dos palabras: somos como la perdiz de Paflagonia, que tiene dos corazones: tenemos uno dulce, educado y agradable para con nosotros; y otro duro, severo, riguroso para con el prójimo.

Tenemos dos medidas: con la una pesamos nuestras comodidades con la mayor ventaja que podemos; con la otra pesamos las de los demás dándoles las mayores desventajas posibles.

... Filotea: **sé equitativa y justa en tus acciones: ponte siempre en el lugar del prójimo y a él ponle en el tuyo; así juzgarás bien.** Hazte vendedora cuando compres y compradora cuando vendas y así venderás y comprarás con justicia.

... ¿Te acuerdas, Filotea, de examinar a menudo tu corazón para ver si eres así hacia el prójimo, así como quisieras que él fuera contigo?

No hay árbol bueno que dé frutos malos, ni tampoco árbol malo que dé frutos buenos. Las obras demostrarán la calidad del creyente.

Cada árbol se conoce por sus frutos. No se recogen higos de los espinos ni se sacan uvas de las zarzas.

"He aquí una gran lección de virtud que nos enseña a no imaginarse fecundidad en lo que es estéril ni esperar cosecha abundante de un terreno que no se ha trabajado. **A cada uno la tierra le da el fruto en la dimensión que la ha trabajado.** Entre las espinas de este mundo no podrás encontrar el higo que al sobresalir por el sabor de sus frutos está muy bien escogido como para ser una figura de la imagen de la resurrección... Por eso deberíamos mantener alejada la preocupación que debilitan el alma y ponen árido el espíritu sino preocupémonos a recoger los frutos maduros de una diligente labranza" (San Ambrosio)

ORACIONES para tu coloquio con el Señor

➤ **"Entonces verás claro"** (San Efrén)

Señor, con la meridiana luz de tu sabiduría disipa las tinieblas nocturnas de nuestra mente, para que, iluminada, te sirva en la renovación de nuestra vida purificada.

La salida del sol señala el comienzo de las obras de los mortales; prepara tú en nuestros corazones una mansión para aquel día que no tiene ocaso.

Concédenos que en nuestra persona lleguemos a ver la vida resucitada y que nada aparte nuestras mentes de tus delicias.

Imprime en nuestros corazones, por nuestra asidua búsqueda de ti, el sello de ese día sin fin que no comienza con el movimiento y el curso del sol.

A diario te abrazamos en tus sacramentos y te recibimos en nuestro cuerpo. Haznos dignos de sentir en nuestra persona la resurrección que esperamos.

Con la gracia del bautismo hemos escondido tu tesoro en nuestros corazones.

Que seamos capaces de comprender la belleza de nuestra condición mediante esa belleza espiritual que crea tu voluntad inmortal en las mismas criaturas mortales.

Que tu resurrección, oh Jesús, preste su grandeza a nuestro hombre espiritual; que la contemplación de tus misterios nos sirva de espejo para conocerla.

Concédenos, Señor, llegar cuanto antes a nuestra ciudad y, al igual que Moisés desde la cumbre del monte, poseerla ya por tu revelación.

➤ **"Hazme instrumento de tu paz"** (San Francisco de Asís)

Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.

Que allá donde hay odio, yo ponga el amor.

Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón.

Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión.

Que allá donde hay error, yo ponga la verdad.

Que allá donde hay duda, yo ponga la Fe.

Que allá donde hay desesperación, yo ponga la esperanza.

Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz.

Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría.

Oh Señor, que yo no busque tanto ser consolado, cuanto consolar, ser comprendido, cuanto comprender, ser amado, cuanto amar.

Porque es dándose como se recibe, es olvidándose de sí mismo como uno se encuentra a sí mismo, es perdonando, como se es perdonado, es muriendo como se resucita a la vida eterna.